

Skulduggery Pleasant,

detective esqueleto

LA INVOCADORA
DE LA MUERTE



DEREK LANDY

www.

literaturasm
.com



Primera edición: abril de 2013

Tercera edición: marzo de 2014

Dirección editorial: Elsa Aguiar

Coordinación editorial: Berta Márquez

Traducción: Ana H. Deza

Ilustración de cubierta y letras capitulares: Tom Percival

Diseño de cubierta: HarperCollins Publishers, 2011

Adaptación de cubierta: Lara Peces

Título original: *Skulduggery Pleasant, Death Bringer*

Publicado originariamente en Gran Bretaña por HarperCollins Children's Books 2011

HarperCollins Children's Books es una división de HarperCollinsPublishers Ltd

77-85 Fulham Palace Road, Hammersmith, Londres W6 8JB

© Derek Landy, 2011

© Ediciones SM, 2013

Impresores, 2

Urbanización Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

© Letras capitulares: Tom Percival, 2011

Skulduggery Pleasant™ Derek Landy

Logo SP™ HarperCollins Publishers Ltd

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323

Fax: 902 241 222

e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Este libro está dedicado a mis sobrinas. Chicas, ninguna de vosotras existía cuando Skulduggery Pleasant apareció por primera vez, pero desde que nacisteis a nadie de la familia le apetece volver a hablar sobre el escritor; ahora no quieren hablar de otra cosa más que de los malditos bebés. De pronto, nadie tiene ganas de hacerme carantoñas, y eso es culpa vuestra.

Pero supongo que también tenéis cosas buenas. Al fin y al cabo, gracias a vosotras Valquiria tiene una hermana pequeña. Sois bastante monas, un tanto adorables y me hacéis reír cuando os caéis.

Así que este libro está dedicado a vosotras, Rebecca y Emily, Sophie y Clara y

(añádase el nombre de todas las sobrinas y sobrinos que puedan nacer desde este momento hasta que sean lo bastante mayores como para leer esto.)

Sé, sin ninguna duda, que soy vuestro tío favorito, y seguramente también me preferís antes que a vuestros padres.

(Conozco a vuestros padres y no os culpo: son lo peor.)

PRÓLOGO



CUANDO se cerró la puerta, las llamas de las velas temblaron, se retorcieron e iluminaron a la chica que estaba atada a la mesa, que volvió la cabeza. Su rostro, al igual que el resto de su cuerpo, estaba repleto de pequeñas cicatrices pálidas, símbolos que habían sido tallados cuidadosamente en su carne durante los últimos meses. Se llamaba Melancolía St Claire, y era su secreto; su experimento. Su último y desesperado intento de obtener el poder.

–Duele –murmuró ella.

Vandameer Craven, clérigo de primera categoría de la Orden de los Nigromantes, importante estudioso de las lenguas arcanas y temido oponente en el campo de batalla, asintió con la cabeza y le dio unas palmaditas en la mano. Melancolía se había volcado en su acuerdo con todo el celo que solamente poseen los codiciosos, pero últimamente sus molestos ataques de autocompasión cada vez eran más frecuentes.

–Lo sé, querida. Sé que duele, pero el dolor no es nada. En cuanto acabemos con nuestro trabajo cesará el dolor. Tú habrás sufrido por todos nosotros. Habrás sufrido por todos los seres vivientes de este mundo y del universo entero.

–Por favor –gimió ella–. Haga que pare. He cambiado de opinión. Por favor. Ya no lo soporto más.

–Lo entiendo –suspiró él tristemente–. De verdad. Estás asustada porque no crees que seas lo bastante fuerte, pero yo sé que lo eres. Por eso te escogí a ti entre todos los demás. Creo en ti, Melancolía. Tengo fe en tu fuerza.

–Quiero irme a casa.

–Ya estás en casa.

–Por favor...

–Vamos, vamos, mi querida niña, no hace falta suplicar. La Iniciación es una cosa hermosa y maravillosa que debe ser celebrada. Has dado un paso adelante. Te has convertido en aquello a lo que estabas destinada. Todos lo hemos pasado. Todos los hechiceros lo hemos sufrido.

Melancolía apretó los dientes mientras arqueaba la espalda por el espasmo de dolor y después se quedó sin aliento.

–Pero no debería durar tanto tiempo. Usted dijo que yo me convertiría en la hechicera más poderosa del mundo. No me contó nada de esto.

Craven hizo un esfuerzo por mirarla a los ojos. Le daba asco la gente que sudaba, y Melancolía lo hacía, a chorros: se le revolvía el estómago al ver su rostro húmedo y sudoroso, lleno de cicatrices.

–Para obtener el poder que te prometí, es necesario que sufras un poco más que los demás –explicó–. Pero todo el trabajo que estamos haciendo, preparándote, va a merecer la pena. Confía en mí. Los símbolos que te he grabado están conteniendo todo el poder de la Iniciación y lo concentran, hacen que gire a tu alrededor, que se eleve y se haga más fuerte.

–Suéltame.

–Solo un día más, más o menos.

–¡Suéltame! –gritó Melancolía, y las sombras caracolearon a su alrededor y se alzaron igual que si fueran tentáculos.

Craven dio un paso adelante rápidamente, sonriendo.

–Por supuesto, querida. Tienes toda la razón. Ha llegado el momento.

Melancolía abrió los ojos y las sombras se retiraron; el clérigo dudaba que ella fuera consciente de sus actos. Atada como estaba, no debería ser capaz de convocar ningún poder. Por una vez, la sonrisa de Craven era auténtica. Aquello era una buena señal.

–¿Ya ha terminado? –preguntó con la voz dócil–. ¿Me va a dejar marchar?

–¿Dejarte marchar? –repitió él con una risita mientras desataba las correas–. ¡Lo dices como si te hubiera estado manteniendo prisionera! Melancolía, soy tu amigo y tu guía. Soy la única persona en el mundo en la que puedes confiar, porque nunca te mentaré.

–Yo... lo sé, clérigo Craven –murmuró ella.

Vandameer se sacó un pañuelo y lo utilizó para evitar tocarle el brazo empapado en sudor mientras la ayudaba a incorporarse.

–Debemos decidir el momento adecuado para hablarle de ti al Alto Párroco, pero una vez que le contemos lo que hemos estado haciendo aquí abajo durante este tiempo, todo cambiará. El mundo entero sabrá que tú eres la Invocadora de la Muerte, y habrá muchas personas que busquen tu aprobación. No confíes en nadie.

Ella asintió obedientemente.

–Habrá algunos que no lo entiendan –continuó Craven–. Incluso dentro de la propia Orden de los Nigromantes. Siempre que te sientas insegura o asustada, o cuando simplemente necesitas hablar, yo estaré aquí.


–Estoy asustada ahora –dijo Melancolía cerrando los dedos en torno a su muñeca. Craven necesitó de todo su autocontrol para no estremecerse ante el tacto pegajoso.

–No hay nada que temer mientras estés conmigo –sonrió para tranquilizarla–. Alégrate, querida. Pronto vas a salvar el mundo.

«El bien y el mal se encuentran tan cerca
que están encadenados juntos en el alma».

El doctor Jekyll y Mr. Hyde (1941)

KENNY

 **K**ENNY Dunne no era ningún experto en coches. Algo sabía, siendo justos. Sabía lo que eran las ruedas. Sabía abrir y cerrar las puertas. Incluso sabía dónde se metía la boquilla del surtidor cuando el coche necesitaba gasolina. Sabía lo básico, lo justo para salir del paso, y nada más. Pero incluso alguien como Kenny podía percatarse de que el hecho de que saliera humo del capó mientras conduces es algo malo.

El coche renqueó, roncó e hizo un ruido parecido a una arcada, y Kenny apretó las manos contra el volante.

–No –murmuró–. Por favor.

El coche soltó un eructo y se paró en seco con una sacudida. El humo llenaba el parabrisas y Kenny se imaginó de pronto que estallaba en una bola de fuego gigante. Se quitó el cinturón de seguridad de un tirón y se lanzó a la calle bañada por el sol. Le pitaron y tuvo que saltar a un lado para evitar a un ciclista que le maldijo malhumorado mientras pasaba a su lado como una bala. El tráfico en Dublín un domingo por la mañana no era tan malo. El tráfico en Dublín cuando había partido sí que

lo era. Le fulminaron con la mirada conductores furiosos que llevaban las banderitas de sus equipos puestas en los coches y se veían obligados a cambiar de carril.

Kenny sonrió a modo de disculpa y después volvió a mirar su coche. No había explotado, así que se acercó, agarró su bandolera y apagó el motor. El coche soltó un resoplido y se sumió en un silencio agradecido. Lo dejó ahí en medio de la calle y cogió un taxi.

Llegaba tarde. No acababa de creerse que llegara tarde. No podía creer que no hubiera aprendido la lección después de tantos años de llegar siempre tarde a todas partes. ¿Cuántas entrevistas había estropeado por culpa de su incapacidad de ser puntual? Actores, estrellas de rock, políticos, empresarios, ciudadanos ricos y famosos y pobres y desconocidos: siempre había llegado tarde a sus citas con ellos. No era una buena cualidad en un periodista, tenía que admitirlo, especialmente ahora que los periódicos estaban recortando la plantilla. «La impresión en papel ha muerto», decían. Pero no estaba tan muerta como lo estaría Kenny si no conseguía terminar el artículo antes de final de mes.

Esa noticia era muy jugosa. Era gloriosa, extraña y única: el tipo de historia que tenía todas las papeletas para aparecer en todos los periódicos del mundo, tal vez incluso en alguna revista. Cuando Kenny pensó en aquella posibilidad, se le hizo la boca agua. Un sueldo bueno. Tendría comida en la nevera y podría despreocuparse del alquiler. Tal vez incluso podría comprarse un coche medio decente, con suerte.

Le echó un vistazo al reloj: llegaba quince minutos tarde. Se mordió el labio y tamborileó con los dedos contra su bandolera, deseando que la carretera se despejara milagrosamente. No sabía durante cuánto tiempo le esperaría su fuente, y si perdía esta oportunidad, dudaba que pudiera conseguir otra. En primer

lugar, localizar a Paul Lynch no había sido nada fácil; claro que encontrar a un vagabundo en una ciudad como Dublín nunca era sencillo. Y no era como si Lynch tuviera teléfono o algo así.

El taxi avanzó a paso de tortuga hasta un nuevo semáforo y Kenny casi soltó un gemido. Probablemente era poco saludable albergar tantas esperanzas en un artículo que nadie le había encargado, pero tenía pocas alternativas. Necesitaba un golpe de suerte. Había empezado bien; hizo algunas entrevistas a gente importante y escribió artículos, pero luego todo empezó a desvanecerse. Vio cómo sucedía, pero no pudo hacer nada por evitarlo. Ahora era un *free-lance* con trabajos ocasionales, pero sus editores le permitían salir a buscar noticias por su cuenta. Y eso era lo que hacía.

Cuando escuchó los rumores por primera vez, hacía años, no les había hecho ningún caso. Por supuesto que no. Era una locura. Escribió un par de artículos acerca de las leyendas urbanas modernas y no investigó mucho más. Pero las historias seguían apareciendo: gente extraña con poderes extraños que hacía cosas extrañas. Era un material fantástico, no solo desvaríos de lunáticos, paranoicos y perturbados. Esas historias estaban por todas partes. Aparecían de pronto en internet, y desaparecían igual de rápido. Unas cuantas de las que había seguido habían resultado ser falsas alarmas, cuando la persona que dijo que había presenciado el asunto dijo que no sabía de qué le estaba hablando. Había estado a punto de olvidarse de todo hasta que conoció a Lynch. Lynch era su enlace; durante todos esos años de investigación informal, era la única pista fiable que había encontrado –tan fiable como puede ser un vagabundo, la verdad–, y Kenny tenía el presentimiento de que estaba dispuesto a revelar todo lo que sabía. Ya había hablado tres veces con él y le daba la sensación de que empezaba a ganarse su confianza.

Hoy era el día en que lo conseguiría. Si lograra llegar a tiempo. El taxi volvió a detenerse y Kenny perdió la paciencia. Pagó al taxista, salió con un tropiezo del coche, se echó la bandolera al hombro y empezó a correr.

Veinte segundos después se arrepintió de la idea. Llevaba años sin correr. Dios mío, correr era duro. Y extenuante. El sudor le goteaba por la frente. Le dolían los pulmones. Tenía calambres en las piernas.

Al llegar a la esquina se tambaleó y paró a un taxi: el mismo del que se acababa de bajar.

–No ha ido muy bien, ¿verdad? –comentó el taxista con aire de suficiencia, mientras Kenny, casi sin aliento, se limitaba a jadear en el asiento de atrás.

Finalmente llegaron al parque; Kenny pagó al taxista por segunda vez y echó a correr por el césped. Estaba lleno de gente tumbada que disfrutaba del sol de mayo, riéndose y hablando, comiendo helados. Los perros pequeños correteaban detrás de sus dueños, se escuchaba música y el estanque brillaba a la luz del sol.

Kenny divisó a Paul Lynch. Estaba sentado a la sombra, lejos de la gente. Una sonrisa se abrió paso en su rostro como un rayo de luz. Se secó el sudor de la frente y se acercó tomándose su tiempo, alzando una mano en señal de saludo. Lynch no le devolvió el gesto: continuó ahí sentado, con la espalda apoyada contra la barandilla y los hombros caídos. Seguramente estaba de mal humor.

Si hubiera sido un psíquico de verdad, habría previsto que Kenny llegaría tarde y no habría problema ninguno. La sonrisa de Kenny se ensanchó.

–Lo siento –le dijo en cuanto llegó a la sombra–. El tráfico, ya sabes. Se me rompió el coche y tuve que coger un taxi.

Lynch no contestó. Ni siquiera levantó la cabeza.

Kenny se quedó ahí quieto, incómodo. Finalmente se encogió de hombros y se sentó.

–Hace un día fantástico, ¿eh? Te juro que nunca se sabe cómo va a ser el verano en Irlanda. ¿Te apetece un helado o alguna otra cosa? A mí me encantaría comerme un helado.


Sin respuesta. Lynch tenía los ojos cerrados.

–¿Paul?

Kenny se acercó y le dio un codazo a su única pista fiable. Volvió a empujarle ligeramente y de pronto vio la sangre de la camisa. Le agarró por los hombros y lo sacudió y la cabeza de Lynch cayó hacia atrás, mostrando la garganta rebanada con un corte largo y suave, como si se abriera un ojo rojizo.

2

LA CHICA Y YO

KENNY se sentó en la sala de interrogatorio y trató de permanecer tranquilo. Se sentía algo decepcionado de que no hubiera un espejo falso en la pared, como los que salían en las series policíacas. Puede que solo hubiera espejos falsos en Estados Unidos. En Irlanda la policía seguramente ni siquiera tenía espejos de verdad.

La puerta que había a la derecha se abrió y entraron dos personas. El hombre era alto y delgado y vestía un traje azul oscuro hecho a medida, de excelente confección. Llevaba sombrero, igual que los detectives privados de los años cuarenta. Se sentó al otro lado de la mesa y se quitó el sombrero. Tenía el pelo oscuro y los pómulos altos. Parecía costarle enfocar la mirada, su piel era cerosa y llevaba guantes.

Su compañera se quedó apoyada contra la pared, a su espalda. Era alta, atractiva y morena, pero no podía tener más de dieciséis años. Iba vestida con pantalones negros y una chaqueta negra ajustada, con la cremallera subida hasta la mitad. Estaba hecha de algún tejido que Kenny no supo reconocer. La chica no le miró.

–Hola –la sonrisa del hombre fue resplandeciente. Tenía una dentadura estupenda.

–Hola –respondió Kenny.

La chica no dijo una palabra.

–Soy el inspector detective Yo –el hombre tenía la voz aterciopelada y suave–. Es un nombre poco común, lo sé. Mi familia era muy narcisista. Tuve la suerte de salir con cierto grado de humildad, pero si he de ser sincero, siempre me las he arreglado para superar las expectativas puestas en mí. Usted es Kenny, ¿me equivoco?

–Sí, soy Kenny.

–Tengo un par de preguntas para usted, señor Dunne. O Kenny. ¿Puedo llamarle Kenny? Me da la sensación de que nos hemos hecho buenos amigos en los últimos segundos. ¿Te puedo llamar Kenny?

–Claro –respondió, algo desconcertado.

–Gracias, muchísimas gracias. Es importante que te sientas cómodo conmigo, Kenny. Es importante que creemos una atmósfera de confianza. De esa forma te cogeré totalmente desprevenido cuando, sin previo aviso, te acuse de asesinato.

–¿Qué? –Kenny alzó las cejas.

–Oh, cielos –suspiró el inspector Yo–. Se supone que eso tenía que decirlo al cabo de unos minutos.

–¡Yo no maté a Paul Lynch!

–¿Podríamos retroceder a la agradable atmósfera de confianza que estábamos creando hace unos instantes?

–Escuche, yo había quedado con él. Iba a entrevistarle, pero cuando llegué ya estaba muerto.

–Te sorprenderías si supieras las veces que escuchamos el «ya estaba muerto» como defensa en nuestro trabajo. O tal vez no te sorprenderías, no lo sé. La cuestión, Kenny, es que esto

no pinta bien para ti. Tal vez si nos cuentas todo lo que sabes podremos convencer a nuestros colegas para que no se pongan duros contigo.

Kenny contempló al hombre y después a la chica.

–¿Quién eres tú?

Ella le devolvió la mirada enarcando una ceja, pero no contestó.

–Es una estudiante en prácticas –respondió el inspector Yo–. No te preocupes por ella, Kenny. Deberías preocuparte solo por ti mismo. ¿Qué relación tenías con el cadáver?

–Uh –murmuró Kenny–. Soy periodista. Le había entrevistado unas cuantas veces.

–¿Por qué motivo?

–No, por nada. Es, o era, una pieza de la conspiración. Algo así.

–¿Conspiraciones? ¿Te refieres a los encubrimientos del gobierno y a ese tipo de cosas?

–No, en realidad no. Era más bien... –Kenny suspiró–. Escuche, es una larga historia.

–Tengo todo el tiempo del mundo –declaró el inspector Yo, y se volvió hacia la chica–. ¿Y tú?

–Pues no, la verdad –replicó ella–. Tengo que ir a un bautizo.

–Oh –dijo Yo–. Por supuesto –se volvió hacia Kenny–. Quizá si hablas muy deprisa puedas contárnoslo todo.

Kenny tomó aire y pensó de qué forma podía evitar parecer un lunático.

–De acuerdo –murmuró–. Los últimos años he estado investigando historias raras. Nada importante, nada significativo. Historias que la gente ignora cuando las escucha porque parecen una locura. Ningún periódico se tomaría eso en serio, así que no le podía dedicar demasiado tiempo. Empecé en esto cuando redacté un artículo sobre leyendas urbanas. Ahí estaba lo de

siempre: mitos contemporáneos y folclore moderno que aparecía de la nada. Algunas historias eran divertidas, otras horribles, unas cuantas espeluznantes... Todo lo que era de esperar. Pero empecé a escuchar algunas nuevas.

–¿Como cuáles?

–Nada más que rumores, fragmentos de historias. Alguien presenció un tiroteo en el que la gente arrojaba fuego. Otros vieron a un hombre que saltó por encima de un edificio o a una mujer que desapareció de pronto.

El inspector Yo torció la cabeza.

–¿Así que las nuevas leyendas urbanas tratan de superhéroes?

–Eso fue lo que yo pensé, pero ahora no estoy tan seguro. Me he enterado por rumores de que existe una subcultura entera donde pasan todas estas cosas. Lynch me dijo que estaba en todas partes, si sabías buscar.

–Ya veo. ¿Y Lynch decía que él era un superhéroe?

–¿Lynch? No, Dios, qué va. A ver, no estaba bien de la cabeza, obviamente. Me dijo que tenía visiones. Así las llamaba: visiones. Las tenía desde adolescente. Le daban auténtico pánico. Le llevaron de psiquiatra en psiquiatra, tomó pastilla tras pastilla, pero nada funcionó. Me describía esas visiones y parecían tan vívidas, tan reales... No era capaz de mantener un trabajo, no podía tener una relación... Acabó sin hogar, vagabundo, alcohólico, hablando solo en los portales.

–¿Y un tipo así –continuó el inspector Yo– era tu fuente?

–Sé que suena poco fiable.

–Un poquito.

–Pero me centré en él, escuché todo lo que decía y, con el tiempo, aprendí a separar sus divagaciones de... bueno, de los hechos, supongo.

–¿Qué tipo de cosas veía Lynch? –preguntó la chica.

Kenny frunció el ceño. No le convencía que una estudiante en prácticas estuviera capacitada para hacerle una pregunta, pero el inspector Yo no puso ninguna objeción, así que Kenny respondió de mala gana.

–Veía el apocalipsis –dijo–. Vio unos cuantos apocalipsis, para ser sinceros. El primero se refería a esos Dioses Oscuros, los Sin Rostro, como quiera que los llamara. Alguien los hizo desaparecer hace miles de años, nadie sabe quién fue, y desde entonces están intentando regresar. Con diecisiete años, Kenny tuvo una visión en la que volvían. Vio millones de muertos y ciudades arrasadas. Vio cómo el mundo se destruía. No dejaba de tener esas visiones, y cada vez observaba un nuevo aspecto, un nuevo punto de vista desde el que presenciaba el fin del mundo. Estaba convencido de que íbamos a morir todos una noche hace más o menos tres años. Decía que esas cosas, esa especie de dioses, aparecerían de pronto por una puerta dorada entre realidades. Por supuesto, nadie le hizo caso. Entonces llegó la noche en la que se acababa el mundo... y no se acabó. Y las visiones se detuvieron.

–Me encantan las historias con final feliz –comentó el inspector Yo.

–No había terminado la historia, no para Lynch. Volvió a tener otras visiones. Predijo el «virus de la locura», ¿sabe?

–Por lo que sé, no era un virus –intervino la chica–. Era un alucinógeno. Atraparon a los tipos que lo hicieron.

–¿De verdad te crees eso? –rio Kenny.

El inspector Yo le miró de forma curiosa.

–¿Tú no?

–¿No es demasiado... conveniente? Como si fuera una broma navideña, un grupo de anarquistas radicales echan una droga en el suministro de agua de todo el país... ¿y unos meses después

salen a la luz y admiten haberlo hecho? ¿Anarquistas que asumen la responsabilidad de sus acciones? ¿Eso no va contra el propio hecho de ser anarquistas? ¿Se sabe cuándo es el juicio? ¿Se sabe en qué prisión están hasta que se produzca? Porque yo no lo sé.

El inspector Yo se echó hacia atrás en la silla.

–Eso suena sospechosamente conspiranoico, Kenny. ¿Qué piensas que pasó de verdad?

–No lo sé, pero Lynch me dijo que no lo habían hecho los anarquistas, que fueron jirones de oscuridad que revoloteaban e infectaron a la gente –para el asombro de Kenny, ni el inspector ni la chica se sonrieron–. ¿Sabe cuánta gente ha declarado que vio cosas extrañas esos días? –continuó hablando–. He leído docenas de declaraciones. Había una discoteca en el norte del condado de Dublín que al parecer estaba llena de esas cosas, pero ni siquiera salió en el periódico del pueblo.

–A mí me suena a que la gente tuvo alucinaciones –dijo la chica.

–Lynch no creía que fuera así. Tuvo una visión de esas cosas, que se extendían e infectaban el mundo, obligaban a la gente a hacer locuras, a matarse los unos a los otros, a tirar bombas...

–Muy bien –interrumpió Yo–. Entonces hemos llegado a la conclusión de que Lynch tenía problemas mentales y creía en una subcultura de superhéroes y dioses malignos. ¿Por qué lo asesinaron?

Kenny pestañeó.

–Uh... ¿No le robaron?

–¿Ah, sí?

–¿Ah, no? Fue lo que me dijo ese tipo, el policía, el que habló conmigo. Dijo que parecía un robo.

–Ya veo.

Kenny torció el gesto.

–Cree que tiene algo que ver con sus visiones, ¿no?

–Es una posibilidad –asintió Yo.

–¿Por qué habían quedado esta mañana? –preguntó la chica.

–Perdón –dijo Kenny–. No quiero ser grosero, pero ¿por qué me hace preguntas? ¿Qué pinta aquí esta chica?

–Estudiante en prácticas –repitió Yo.

–Se me acusa de asesinato. ¿Es común traer a estudiantes a interrogar a los sospechosos de asesinato?

Yo hizo un gesto con la mano.

–Oh, eso no era más que una broma. Realmente no creo que hayas matado a nadie, Kenny. A no ser que lo hayas hecho; en ese caso me reservo el privilegio de poder decir que lo sabía desde el principio. Pero te ha hecho una buena pregunta, Kenny. ¿Por qué habías quedado con él?

–Durante los últimos meses, Lynch había tenido nuevas visiones sobre sombras que regresan a la vida y gente que moría. Su último apocalipsis.

–¿Qué dijo sobre él?

–¿Qué importancia tiene?

–Todo tiene importancia.

–Pero no es que identificara a ninguna persona ni nombrara a nadie en sus visiones. Vio a alguien vestido con una túnica negra, nada más.

–¿Hombre o mujer?

–No lo sabía.

–¿Mencionó alguna vez el Pasaje?

Kenny le miró fijamente. Había algo raro en la cara del inspector Yo, algo que no estaba bien. En cuanto se dio cuenta, apartó la vista. Su madre le había enseñado que no era de buena educación mirar fijamente.

–No usó esa palabra –respondió Kenny–. Pero se la he escuchado a otros. ¿Dónde la ha oído usted?

–¿A quién se la ha oído usted? –interrumpió la chica.

–A otros –admitió Kenny con irritación–. Tres o cuatro personas que la habían oído en bares, callejones o donde fuera. Suena como el Rapto, la verdad.

La chica torció el gesto.

–¿Qué es eso?

–El Rapto –explicó el inspector Yo– es una creencia cristiana según la cual Dios rescata a los fieles y los lleva a los cielos. «Y los muertos en Cristo resucitarán primero, y después nosotros, los que vivimos, los supervivientes, junto con ellos seremos arrebatados entre las nubes al encuentro del Señor en el aire». Aquellos que sean juzgados indignos se quedarán en la tierra junto al resto de los pecadores.

–El Pasaje sonaba a algo de ese estilo –añadió Kenny–. Una salvación en masa antes del fin del mundo. No sé si habría algún dios detrás de eso, pero normalmente sí lo hay.

–¿Lynch dio algún plazo de tiempo? –preguntó Yo.

–Sus visiones cada vez se hacían más fuertes y más frecuentes –respondió Kenny–. Por lo general, pasaban seis o siete días con esa intensidad, después el apocalipsis no sucedía y podía volver a relajarse.

–Siete días –repitió Yo.

–Más o menos, sí. ¿Cómo se enteró de lo del Pasaje?

–Somos detectives –replicó Yo–. Detectamos cosas.

–¿Y ella? ¿También es detective?

–Es una detective en prácticas.

–Oiga, todo esto es muy, muy raro. ¿Por qué se está centrando en rumores y leyendas urbanas? Ni siquiera me ha hecho las preguntas normales.

–¿Preguntas normales? ¿Como cuáles?

–Como, no sé, si Lynch tenía algún enemigo.

–¿Lynch tenía algún enemigo?

–Bueno, no que yo sepa. No.

–Entonces no tiene mucho sentido que yo te pregunte eso, ¿no? A no ser que quieras distraerme. ¿Estás intentando distraerme, Kenny?

–No, qué va...

–¿Estás jugando conmigo, Kenny?

–No sé de lo que está...

El inspector Yo se echó hacia delante de pronto.

–¿Lo mataste?

–¡No!

–Estaría bien si lo hubieras hecho.

Kenny retrocedió horrorizado.

–¿Cómo va a estar bien?

–Bueno –Yo carraspeó–. Puede que no esté bien, pero sería comprensible. Puede que dijera algo que te haya molestado. A todos nos ha pasado, ¿verdad? –se volvió hacia la chica–. ¿No?

–A mí me ha pasado –asintió ella.

–A todos nos ha pasado –afirmó Yo volviendo a mirar a Kenny–. Sabemos cómo va eso. Te dice algo que te molesta, te enfadas y de pronto está ahí muerto y te quedas preguntándote qué ha pasado.

–¡Yo no le maté! ¡Yo no he matado a nadie!

–¿A nadie? ¿Implica eso que hay más de uno?

–¿Qué?

El inspector Yo se reclinó en la silla y se acarició la barbilla con una mano enguantada.

–¿Sabes qué, Kenny? Te creo. Tienes cara de ser una persona honrada. Tienes hasta orejas de persona honrada. Así que... ¿quién crees que le mató?

–Pensaba que no fue más que un atraco.
–¿Y ahora qué piensas?
–Ahora... no lo sé. ¿Cree que alguien lo mató por culpa del Pasaje? ¿De verdad hay gente que crea en esas cosas?
–Hay gente muy rara –comentó la chica, antes de continuar tarareando unos cuantos compases de la canción *People are strange*.
–¿Lynch había hablado de esto con alguien? –preguntó Yo–.
¿Tenía amigos? ¿Algún familiar con el que todavía se hablara?
–No, nadie.
–Así que solamente hablaba de sus visiones contigo.
Kenny vaciló.
–Está dudando –indicó la chica.
–Ya lo veo –asintió Yo.
–Hay una anciana –explicó Kenny–. Bernadette no sé qué. Maguire, creo. Bernadette Maguire. Es voluntaria en un refugio. Creo que era profesora o algo así. Ahora está retirada y no sé dónde vive. Lynch hablaba con ella, pero hace mucho que no anda por aquí. Creo que es demasiado vieja. La primera vez que la vi desde hacía meses fue hace unas semanas. Estaba hablando con Lynch.
–¿Crees que él le contó lo de sus visiones?
–Sí, creo que sí.
–¿Crees que Bernadette Maguire lo mató?
–Uh... Pues no. Es... bueno, es una anciana.
–Los ancianos también pueden matar a la gente.
–Lo sé, pero...
–Puede que sea ninja.
–No es ninguna ninja, por el amor de Dios. Es una abuelita.
–Quiero que medites esto cuidadosamente, Kenny. ¿La has visto alguna vez con una espada?
–¿Qué?

–¿La has visto arrojar estrellas ninja?

–Esto es ridículo.

–¿Alguna vez la has visto vestida de ninja? Esa sería la primera pista.

La chica apretaba los carrillos para no estallar en carcajadas.

–Pero ¿qué clase de policía es usted? –preguntó Kenny, molesto de verdad.

–De la clase de los que están decididos a llegar al fondo del asunto –replicó Yo.

Se abrió la puerta y apareció un chico rubio con el pelo de punta. Kenny estaba tan asombrado con su peinado que no se dio cuenta de que el inspector Yo se incorporaba.

–Muchas gracias por su cooperación –dijo Yo, saliendo rápidamente por la puerta detrás de la chica–. Un compañero se reunirá enseguida con usted.

Fuera, en el pasillo, la chica se agarró al brazo del chico y le tendió la mano al inspector Yo mientras cerraba la puerta. Se escuchó el clic y de pronto se hizo un absoluto silencio durante unos instantes.

La puerta volvió a abrirse. Entró un hombre de mediana edad con un cuaderno de notas. El inspector Yo y sus dos becarios adolescentes habían desaparecido.

–¿Señor Dunne? –preguntó el hombre–. Soy el inspector detective Harris. Disculpe que le haya hecho esperar.

–No se preocupe –dijo Kenny, algo dubitativo–. El otro inspector ha estado conmigo.

El inspector Harris sonrió afablemente mientras tomaba asiento.

–¿El otro inspector?

–El que se acaba de marchar.

–¿Hummm? ¿Quién?

–El inspector detective Yo.

–¿El inspector detective Tú?

–No, Yo. Es que... me dijo que se llamaba así. Tiene que acabar de cruzarse con él. Iba con una estudiante en prácticas y un adolescente con el pelo de punta.

Harris pestañeó.

–No me he cruzado con nadie, señor Dunne, y soy el único inspector detective en funciones en estos momentos.

Kenny se quedó mirándole atónito.

–Entonces... ¿con quién demonios estaba hablando yo?

EL BAUTIZO



VALQUIRIA Caín acunaba a su hermana pequeña en brazos y rezaba para no terminar el día empapada en vómito de leche. Había llegado a casa desde la comisaría con el tiempo justo para cambiarse, y ya había tenido que echar a lavar la camiseta antes incluso de salir de casa. Le gustaba esa camiseta, la verdad. Le hubiera quedado muy bien con los vaqueros.

–Por favor –le susurró a la pequeña Alice–. No me vomites encima.

Alice la contempló con sus enormes ojos azules, pero no prometió nada.

Valquiria observó la iglesia, pestañeando por el sol. Alice no era la única a la que bautizaban ese día, así que estaba llena de gente que hablaba y reía, de familias con cámaras de vídeo que grababan para la posteridad cada gorgorito y cada berrido. Puede que su opinión fuera sesgada, pero le parecía que ninguno de los otros tres bebés era ni la mitad de mono que su hermana de tres meses. Simplemente, no estaban a la altura. Era muy triste, en el fondo. Esos bebés ya habían perdido la guerra de la moneda y ni siquiera lo sabían. Una auténtica tragedia.

Bajó la vista hacia su hermana.

–No puedes hacer gran cosa, ¿verdad? Estás bastante limitada, de momento. Mamá dice que tengo que hablar contigo para que te acostumbres a mi voz, así que supongo que continuaré contándote cosas. Hay dos como yo, ¿sabes? Estoy yo, la auténtica, y luego está mi reflejo. Mi reflejo se parece a mí, habla y actúa igual que yo, pero no soy yo. Sale del espejo y va a clase y hace mis deberes y, sí, a veces te cuida. Eso no me gusta. No me gusta dejarte al cuidado de alguien sin emociones, pero soy una chica muy ocupada, la verdad es que sí. Cuando seas un poco mayor, te leeré cuentos de princesas y hechiceros, y creerás, durante unos años, que existe la magia. Y luego vendrá la parte mala: te contaremos que la magia no es real. Te diremos que la gente no puede volar ni convertir a nadie en un sapo y que no existen monstruos mágicos ni mitológicos. Que quede entre tú y yo: eso es una mentira enorme. Hay magia, la gente puede volar y existen los monstruos. No estoy muy segura de que se pueda convertir a alguien en un sapo, la verdad. Además, ¿quién querría hacer eso? Sería desagradable.

Valquiria empezó a balancearla mientras caminaba en un círculo.

–¿Quién es una cosita preciosa? ¿Quién es una cosita guapa? Tú, tú, esa eres tú. Eres una monada. ¿Y quién parece retrasada ahora mismo? Yo, ¿a que sí? Claro que sí.

Bajó la vista, vio al bebé que la contemplaba atentamente y soltó una carcajada.

–Oh, Dios mío, eres adorable. Me encantaría que te quedaras así para siempre, pero supongo que sería un poco incómodo. Especialmente cuando tengas edad suficiente para salir con chicos. Tenemos una familia un tanto rara, ¿lo sabías? Seguramente ya te has dado cuenta. Mamá es bastante normal, a su manera.